

➤ *La misericordia. El año de la Misericordia. Audiencia General de Papa Francisco del 16 de diciembre de 2016. Los signos o señales del Jubileo. La misericordia y el perdón no deben quedarse en palabras bonitas, sino realizarse en la vida ordinaria. Amar y perdonar son la señal concreta y visible de que la fe ha transformado nuestros corazones y nos permite expresar en nosotros la vida misma de Dios. Los signos del Jubileo. Atravesar la Puerta Santa es la señal de nuestra confianza en el Señor Jesús que no vino a juzgar, sino a salvar (cfr. Jn 12,47). Cuando atravesemos esa Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Una señal importante del Jubileo es también la Confesión. Acercarse al Sacramento con el que somos reconciliados con Dios equivale a experimentar directamente su misericordia. Es encontrar al Padre que perdona: Dios lo perdona todo. Dios nos comprende incluso en nuestras limitaciones, y nos comprende también en nuestras contradicciones.*

❖ Cfr. Papa Francisco, Audiencia General, 16 de diciembre de 2015. Los signos del Jubileo.

El domingo pasado se abrió la Puerta Santa de la Catedral de Roma, la Basílica de San Juan de Letrán, y se abrió una Puerta de la Misericordia en la Catedral de cada diócesis del mundo, incluso en los santuarios y en las iglesias indicadas por los obispos.

El Jubileo es en todo el mundo, no solo en Roma. He deseado que esta señal de la Puerta Santa estuviese presente en cada Iglesia particular, para que el Jubileo de la Misericordia pueda ser una experiencia compartida por toda persona. El Año Santo, de este modo, ha arrancado en toda la Iglesia y se celebra en toda diócesis como en Roma. De hecho, la primera Puerta Santa se abrió precisamente en el corazón de África. Y luego en Roma, que es la señal visible de la comunión universal. Ojalá que esta comunión eclesial pueda ser cada vez más intensa, para que la Iglesia sea en el mundo la señal viva del amor y de la misericordia del Padre.

También la fecha del 8 de diciembre ha querido subrayar esta exigencia, uniendo, a 50 años de distancia, el inicio del Jubileo con la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II. En efecto, el Concilio contempló y presentó a la Iglesia a la luz del misterio de la comunión. Extendida en todo el mundo y articulada en tantas Iglesias particulares, sin embargo es siempre y solo la única Iglesia de Jesucristo, la que Él quiso y por la cual se ofreció a sí mismo. La Iglesia “una” que vive de la comunión misma de Dios. Este misterio de comunión, que hace a la Iglesia signo del amor del Padre, crece y madura en nuestro corazón, cuando el amor, que reconocemos en la Cruz de Cristo y en el que nos sumergimos, nos hace amar como nosotros somos amados por Él. Se trata de un Amor sin fin, que tiene el rostro del perdón y de la misericordia.

Pero la misericordia y el perdón no deben quedarse en palabras bonitas, sino realizarse en la vida ordinaria. *Amar y perdonar son la señal concreta y visible de que la fe ha transformado nuestros corazones* y nos permite expresar en nosotros la vida misma de Dios. Amar y perdonar como Dios ama y perdona. Este es un programa de vida que no puede conocer interrupciones o excepciones, sino que lleva a ir siempre más allá sin cansarse nunca, con la certeza de ser sostenidos por la presencia paterna de Dios.

Esta gran señal de la vida cristiana se transforma luego en tantos otros signos que son características del Jubileo. Pienso en cuantos atraviesan una de las Puertas Santas, que en este Año son verdaderas Puertas de la Misericordia. Puertas de la Misericordia. La Puerta indica a Jesús mismo que dijo: «Yo soy la puerta: si uno entra por mí, será salvo; entrará y saldrá y hallará pastos» (Jn 10,9). *Atravesar la Puerta Santa es la señal de nuestra confianza en el Señor Jesús que no vino a juzgar, sino a salvar (cfr. Jn 12,47).*

Estad atentos a que no haya alguno un poco espabilado o demasiado astuto que os diga que hay que pagar: ¡no! La salvación no se paga. La salvación no se compra. La Puerta es Jesús, y ¡Jesús es gratis! Él mismo habla de los que hacen entrar no como se debe, y simplemente dice que son ladrones y salteadores. Así que ¡estad atentos: la salvación es gratis!

Atravesar la Puerta Santa es signo de una verdadera conversión de nuestro corazón. Cuando atravesemos esa Puerta es bueno recordar que debemos tener abierta también la puerta de nuestro corazón. Yo estoy ante la Puerta Santa y pido: ‘¡Señor, ayúdame a abrir la puerta de mi corazón!’.

No tendría mucha eficacia el Año Santo si la puerta de nuestro corazón no dejase pasar a Cristo que nos empuja a ir a los demás, para llevarle a Él y su amor. Así pues, como la Puerta Santa permanece abierta, porque es la señal de la acogida que Dios mismo nos reserva, así también nuestra puerta, la del corazón, debe estar siempre abierta para no excluir a nadie. Ni a ese o esa que me molestan: a nadie.

Una señal importante del Jubileo es también *la Confesión*. Acercarse al Sacramento con el que somos reconciliados con Dios equivale a experimentar directamente su misericordia. Es encontrar al Padre que perdona: Dios lo perdona todo. Dios nos comprende incluso en nuestras limitaciones, y nos comprende también en nuestras contradicciones. No solo, Él con su amor nos dice que precisamente cuando reconocemos nuestros pecados está aún más cerca de nosotros y nos empuja a mirar adelante. Y dice más: que cuando reconocemos nuestros pecados y pedimos perdón hay fiesta en el Cielo: Jesús hace fiesta. Esa es su misericordia: no nos desanimemos. ¡Adelante, adelante!

Cuántas veces he escuchado: “Padre, no consigo perdonar al vecino, al compañero de trabajo, a la vecina, a la suegra, a la cuñada”. Todos hemos oído esto. “No consigo perdonar”. ¿Pero cómo se puede pedir a Dios que nos perdone, si luego nosotros no somos capaces de perdonar? Y perdonar es una cosa grande, pero no es fácil perdonar, porque nuestro corazón es pobre, y con sus solas fuerzas no es capaz. Pero si nos abrimos a acoger la misericordia de Dios por nosotros, a nuestra vez nos volveremos capaces de perdón. Pero también he escuchado muchas veces: ‘Pues yo a esa persona no la podía ver: la odiaba. Pero un día, me acerqué al Señor y le pedí perdón por mis pecados, y también perdoné a esa persona’. Estas son cosas de todos los días. Y tenemos cerca de nosotros esta posibilidad.

Por tanto, ¡valentía! Vivamos el Jubileo comenzando con estas señales que comportan una gran fuerza de amor. El Señor nos acompañará para llevarnos a experimentar otros signos importantes para nuestra vida. ¡Valor y adelante!

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana